

ISSN 0326-8802

**FUNDACIÓN PARA EL ESTUDIO DEL PENSAMIENTO
ARGENTINO E IBEROAMERICANO**

***BOLETÍN
DE
LETRAS***



Año 38, N° 76

2° Semestre 2023

BOLETÍN DE LETRAS

Directora: Bertha Bilbao Richter

Año 38, Nº 76

2º Semestre 2023

ÍNDICE

Alejandro Nicolás García

Virtudes para abuelas y nietos –Un ensayo sobre
Cuentos para abuelas y nietos de Nérida Norris 3

María Isabel Greco

Emil García Cabot: *Desde el guadal del mundo* 12

Ana María Guastoni

Vivir en el espejo. Acerca de la novela *Impromptu*
de Beatriz Isoldi 24

*

Reseñas 35

Información 44

Boletín de Letras

Directora: Bertha Bilbao Richter

Comité Académico

María Isabel Greco
Oswaldo Rossi
Silvia Ruth Fernández Caria

Copyright by EDICIONES FEPAL- M.T. de Alvear 1640, 1º piso E, Buenos Aires - Argentina.

Queda hecho el depósito de Ley 11.723.

Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-8802

Virtudes para abuelas y nietos

–Un ensayo sobre **Cuentos para abuelas y nietos** de Nélide Norris

Alejandro Nicolás García

“No todo el que me dice: ‘Señor, Señor’,
entrará en el reino de los cielos,
sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”
Mateo 7:21-23

El contexto marca los pasos de la muchedumbre; el entorno –social, ambiental, hereditario– condiciona su vida y –aparentes– decisiones y lo que supone libre albedrío no alcanza más que el producto desconocido –apenas, intuido– de limitaciones propias azuzadas por, llamémosle, aquel **cúmulo de fuerzas ajenas**. El *zeitgeist*, espíritu de la época, impone su *tempo de hierro* empujando el destino del orbe hacia el imperio de la cantidad, hecho del que la inconciencia es evidente y los ejemplos, vastos. Así hoy, los marcadores visibles, objetivos como la riqueza, fama, adquisiciones materiales u otras sociales, trátase de algún tipo de prestigio, belleza, relaciones superficiales e incluso cualquier clase de poder –aunque fuera por completo supuesto, marginal o subsidiario–, resultan **sinónimo de felicidad**, socializada rápidamente a través de medios –ultra– masivos de **comunicación**, foco de nuestros esfuerzos diarios y anhelos, indicando el –nunca mejor dicho– deseado **norte** para una masa extraviada en el oscuro y furioso océano de sustitutos del Ser, incluso aquella que goza un –supuesto– estatus ilustrado, por encima del nivel de supervivencia, supervivencia en la que este tipo de especulación carecería de sentido y estatus del que, cabría esperar, aspirase a otras **excelencias**.

Y sucede que la humanidad, en su periplo vital, había procurado –¡parece ayer!– equilibrar las fuerzas constitutivas de su naturaleza; lo animal e instintivo, reptil irracional abría paso a las emociones refinadas –no menos rotundas–, guiadas desde lo intelectual –en justa medida– y regidas, todas, por una aspiración espiritual honda

y genuina, aunque mas no fuese en el plano *intuitivo*, entendiéndolo la voz que reconocemos “esa voz”.

Sabemos: la virtud padece ante la relatividad de lo aparente. Asimismo, es evidente que el salvaje resiste y saludable, a veces, que suceda ante lo patético de los opuestos (complementarios): el **intelectualoide** obtuso, sesudo, feroz en su faena anatómico numerológica o la misma espiritual aristocracia, arrojando piedras encaramada a torres de cristal, alérgica a todo lo que nos hace humanos, ambas por completo similares a la bestia. Sin embargo resulta lícito evidenciar que al mundo lo espabilan quienes mediante el perfeccionamiento de sus cualidades, consiguen sobreponerse a la marea de condicionamientos y, armados con una voluntad inquebrantable, correctamente orientada, abren camino a nuevos horizontes; ¿o será que sobreponerse resulta, al fin, un brote de la coacción, zanahoria que perseguimos, otra ilusión del péndulo en **cadencia perpetua**? ¿Y si las limitaciones son, a la par, aptitudes? ¡Horror! ¡El temido límite, la verdad!

Conjeturas al margen, lo cierto es que transmutar el *statu quo* requiere vigor, poder germinativo, potencia de una fuerza ubicada por encima de la **media**; fuera y componiendo la herencia del eterno retorno, el fruto pasado de los paradigmas, el nuevo entorno: otra muchedumbre, al compás de la canción de moda.

Virtud, del latín *virtus*, significa poder, potencialidad. Se relaciona con vis, fuerza o energía, símbolo de integridad y plenitud. Y si bien cada sociedad utilizó el concepto –o similares– a su modo, queda claro de lo que hablamos cuando hablamos de aquellas cualidades excelentes; cercanas a la verdad, necesitan de la voluntad y sin duda comportan algún tipo de poder –no al que pareciera aspirarse hoy–, aunque rara vez registren una analogía directa: uno puede ser voluntarioso, poderoso y, definitivamente, hallarse lejos de ser virtuoso, llegando incluso a lo vicioso. ¡Generosidad e inteligencia –o lo que muchos conciben de ellas– podrían resultar, bajo ciertas condiciones, vicio! Concluyendo: la virtud es el arte de **obrar bien**. Ahora; ¿cuál es el significado de **obrar bien**? ¿De acuerdo a qué, a quién?

En un intento por definirlo y procurando no alejarnos del ámbito del yo –si tal cosa fuese posible–, sería la práctica de los atributos acordes a nuestra naturaleza, la

ley. Compréndase: cuando decimos ley no referimos a convenciones –más o menos sensatas– nacidas de los vaivenes histórico sociales, siquiera a parámetros morales o éticos, sino a la sintonía con lo que la sabiduría llamó *dharma*, *brahmavihara*, *Maat*, *De* o *aram* que, si bien virtud, no del modo en que suele concebirse: podría decir suficiente aquel **librito** clásico sobre el camino, legado hacia el sexto siglo A.C por el Viejo Maestro; Lao Tsé.

Vemos entonces que todos estos conceptos aluden a un patrón de orden mucho más vasto: un principio cósmico que ubica en perspectiva nuestras acciones, en función del devenir personal y colectivo. Siendo leales a él, seríamos fieles a lo que somos, virtuosos, meritorios, no como el resultado de un esfuerzo particularmente voluntarioso –aunque hubiera aplicado a aplicarse– sino consecuencia natural. Algo cercano a la idea griega de excelencia de la realidad de lo que se Es, el Ser, es decir: desarrollo completo de la esencia y potencia que constituye nuestra identidad.

Porque uno tiende a suponer que la práctica de la virtud o la mismísima ley encajen con nuestras endeble construcciones, sin embargo en sociedades donde algunos principios se han extraviado hasta no hallarse el menor trazo de su existencia, volviéndose los ejes rectores –en el mejor de los casos– una repetición de costumbres de las cuales se ignora su razón de ser y fundamento, ¿es posible, tal decíamos, que la virtud pueda tener aires de vicio y el vicio pasar por virtud, y los parámetros para distinguir unos de otros podrían estar en las antípodas de las nociones más elementales! De este modo, puede que una persona procurando ajustarse a la ley pase, en el mejor de los casos, por ingenua sino considerarse insana o, lisa y llanamente, sea tildada de sonsa. No es redundante insistir: lejos estamos de hablar de convivencia más o menos pacífica, **bienpensante** dentro de una comunidad, aunque aplique; ni de la moderación en ciertos apetitos, aunque sea consecuencia; siquiera del desarrollo de la voluntad, su efulgencia, y si hay una manera de establecer el significado, puede facilitarse partiendo del contraste: el vicio.

“No cesaremos de explorar...”, decía Thomas S. Eliot, arribando otra vez y como debe ser al inicio, ese momento en que podremos “conocer el lugar por primera vez”. Hablábamos de *zeitgeist* y cabe hacerse la pregunta: ¿es posible ir contra preceptos

universales; ¿será por fin eso lo que mantiene vivo el ciclo o la sociedad expresa lo que la ley impone –con altibajos–, algo que podríamos rastrear en el acervo de culturas ancestrales y termina por repercutir en los individuos según su constitución íntima? ¿Cuál es, en última instancia, la utilidad de nuestros afanes, todos nuestros esfuerzos, el sufrimiento, cual el valor del libro y en este caso un libro cuando, fundamentalmente –y si bien tiene por base el carácter fantástico/estético–, manifiesta legarnos –ya en el paratexto– los ahora fósiles de lo que otrora fuese una perla hereditaria, cuando los saberes fundamentales de la experiencia aseguraban la permanencia de los pilares que facilitaban el **cambio de mando**, el testimonio corriendo de mano en mano, de generación en generación, boca a oído, práctica hoy perdida?

Aquí podemos encontrar razón –si hiciera falta– a los relatos que vertebran este *Cuentos para abuelas y nietos*, de Nérida Norris. Y es pertinente advertir, al abordarlo, que deberíamos ser capaces de vincular los elementos que componen la siembra, ensamblarlos a modo de un juego de encastre y profundizar en los significantes, esas migas que, como a *Hansl y Gretl*, nos conducen hacia el entendimiento cabal de la obra. Porque, así como proponíamos acerca de nuestra naturaleza y la virtud, suele ser la de los buenos libros el que nos permitan descubrir su encanto poco a poco, a cada lectura penetrar las sucesivas capas, una bajo la otra, estructurando no solo cada historia sino el conjunto, viajando por sus páginas afirmados tal si fuésemos el árbol que, ante la tempestad, confía en lo hondo de su raíz, en los cimientos de su dirección. Abundan relatos vacíos, cáscaras de silogismos de dudoso ingenio; pululan obras disgregadas, acéfalas, carentes, huérfanas de continente e incluso, escasas, sin contenido, llenas de un hambre espiritual que no se sacia con el sello de actualidad.

En este caso y desde el marco –tapa, contratapa, comentarios, títulos y su ordenamiento, pasando por la intertextualidad–, todo conduce tras bambalinas del entramado superficial, a entrelíneas, la contraparte de una primera lectura, ese sitio que dialoga cara a cara con nuestro lado B, el otro yo, las mazmorras del sí mismo, y trabaja sobre aquellos elementos que nos constituyen, de los cuales también hiciéramos referencia.

Son doce los cuentos que recorren la eclíptica de la autora; da la sensación, ninguno está allí por casualidad. Abre el recorrido un reto: “La apuesta de Minerva”, una jovencita –pionera del año mil novecientos veintidós– desafía a su hermanito. Convencerá a sus padres, dice, Marta y Rodolfo, de hacer un curso; piloto de avión. Esa misma noche, en la cena y apostando los ahorros, la pequeña pone en marcha su plan. Hija de un matrimonio de buena posición, afecto a la literatura clásica –sobre todo el papá–, en principio deberá persuadir a la madre: ella considera ciertos deportes una **ocupación de plebeyos**. Luego de una serie de reproches cruzados, este relato evidenciará ser más que la **personificación** del mito romano y un juego de ingenio; Minerva, de relativa correspondencia con Atenea, diosa virgen de la sabiduría y la civilización, tardíamente relacionada con la estrategia militar o el valor de los héroes, las ciencias, la navegación, la educación y la medicina, entre otras, fue hija de Júpiter y Metis, la Prudencia –a la postre, virtud– y al momento de su nacimiento se profetizó que superaría a sus padres en fuerza y sabiduría –¡quizá, el sueño secreto de muchos abuelos!– La diosa nace gracias a la ayuda de Vulcano, quien de un hachazo abre la frente de Júpiter y le permite surgir adulta, completamente desarrollada. Esta Minerva versión juvenil nos guiará –como hiciera con Ulises– en esta aventura literaria, evidente analogía con Argos y su aventura en busca del vellocino de oro. Y no es casual: los animales que se le consagraban eran el mochuelo, la abeja y el dragón, todos emparentados a la (in)conciencia; como bien pone la autora en la voz de Rodolfo –el que gana la batalla– será ella la Palinuro que nos conduzca a buen puerto, mientras el encanto de las historias acuna la bestia intelectual, arrimándola dócil ante la puerta sin mácula del corazón.

Se suceden, hilados con habilidad orfebre, “El cachorrito”, un perro abandonado que Julián –pequeño Jové– cuida con la ternura del recuerdo de su hermana –fallecida– Aura, viento que sopla(ba) suave y apacible, espíritu divino al que su madre todavía canta el arorró; “Ambarina”, inquietante tigre ahora tierna gata amaestrada que, con el adecuado estímulo, podría retrotraerse al salvajismo; Ambarina, inestable, analogía de la conciencia convirtiéndose en ego, prisionera a la par que agradecida a sus domadores, imagen de la mente capaz de elevarse a lo sublime y descender al martirio, al último círculo del infierno o *La endecha de Chiche*, pavo real desplegando su arcoíris con los rayos del último suspiro, yaciendo a los pies de su amo, su amigo, ¿imagen de fin de ciclo?; lo inevitable del cambio, la

impermanencia del mundo que se deshace: las naturalezas se perturban, la ley padece ante los dardos de Ares quien, tarde o temprano, remontará su colina. La inocencia sucumbe ante el deseo, al desenfreno la paz y el tiempo, consumido en minucias, grita que es amor lo que sangra.

Seguimos: siendo “Los buscadores de oro”, desamparados –parte de la muchedumbre– o advertidos –extrayendo lo genuino–: “todo el saber que hay en los libros...”, “nomás pa’ ensartarles el deseo en el alma, este paraíso farsante les da una muestra...” o “...yo también sé leer. –Ah, entonces debes ser la lumbrera de estos parajes...”; los buscadores, trajinando “tanto para nada”, en una parábola plena de ternura condensada en Melba y Cardo, unión inocente –no menos potente– de inteligencia y naturaleza, dos a los que no se les da eso de la “fiebre del oro”. Una madre a la que el deseo lleva a perseguir la fama, esa obsesión omnipresente; un padre, abandonado a su suerte y el divorcio, a la vista. Dos pequeños, dos deseos casi necesidades, en equilibrio: ella, el amor, esa hermosa melodía; él, la sabiduría, esa armónica canción. ¡Que pareja! Y las intenciones se cumplen, reflejadas en un espejo diáfano, abrigados los sueños bajo el manto de una “noche de negrura aterciopelada...”. Cierto: son reales “Los milagros del viento y la luna”. Podemos, decía un viejo adagio, cosechar nuestra siembra tal lo hiciera la mujer que jamás tocó el oro que le arrojaron, alquimista de milagros, tesoro de los inocentes como guardianes de pie sobre los límites que gritan también libertad, esos también virtudes, unicornios resistiendo la extinción.

¡Anótese! Llega “Un concurso de carnaval inolvidable”: Raquel, Lavinia, Granuja, Estrellita Duque, comitiva y el viejo teatro del pueblo serán testigos de este certamen impensado con final digno de Hollywood; la envidia y la hipocresía, el compañerismo y el individualismo, la amistad y el talento magnífico cuando su abrigo es el grupo se ponen frente a frente, tratados con maestría por la autora. La verdad vence; “los cuentos sirven para dormir a los niños y para despertar a los mayores”: el amor, la familia, la búsqueda del conocimiento, el humor son valores que se deben conservar. En *El cumpleaños*, la escena se repite: Marina, Estela, Julio y una decisión cruel, resultado de la agitación de las aguas. ¿Será que debemos elegir? ¿Es posible?

Dentro de la ley, las cosas son: Palinuros duerme y soñamos colgados a la pluma de Norris, una Eneida que mientras avanza se hace ágil, liviana; no es un Pálpito –o si–: Sócrates será vencedor. El vicio es resultado de la ignorancia y ahora, sabemos: virtud es conocimiento y quien conoce la verdad, solo practicará el bien. Nueve peripecias le permiten descansar por fin bajo el manto fragante y violáceo de la familia que lo ama. Estos, dos relatos donde los desplazados, los últimos, pueden llegar a titiriteros, los primeros; un padre volver a sonreír, un niño, a ser feliz, porque “ser titiritero es como ser un bardo para los chicos”.

No hacen falta papeles para subirnos al viaje: ¡la inocencia es el boleto y se esconde en cualquier roble! Viajamos “hacia el último lucerito de la noche, el rezagado, el más dulce”. O cabalgamos, si prefieren, jinetes de este ocaso hacia el horizonte que se nos viene encima, el de nuestros sueños. Y debes saber el peligro que yace aquí mismo: ten cuidado con lo que deseas, puede hacerse realidad. ¿No es preferible “El beso de Marilú”? Amor verdadero: si sabrán de eso los viejos relatos, lo más noble de los cuentos tradicionales, esos significados que no pueden –o no quieren– encontrar los modernos rasgadores de vestiduras.

La epopeya llega a su fin, los héroes siempre fuimos nosotros; “de veras hubiera sido más lindo enfermarnos durante la escuela”, asegura –y coincidimos– “Colombina”. El espíritu se hace carne en virtud, emana simple de lo que Es; no un puñado de convenciones, no el efecto de los berrinches canalizados por las víctimas de Marte. Cerca de la costa, Norris dejará “Tres sombreros y un engaño”, y entonces sabremos que no hay alternativa: la felicidad no necesariamente implica paz, la ignorancia es un pésimo escudo contra la verdad; los ojos pueden ignorar, pero el corazón jamás deja de sentir. El olmo, sostén del licor de la vida, la vid. Ambos, pareja garante del fruto más dulce, sí, como el lucerito rezagado, resultado de sumisión y devoción. Y la luna, mudo testigo de la historia, siempre velando por un sueño. ¿Qué leeremos en ella? ¿Muchedumbre o voluntad? ¿Quiénes somos? Como en Cabot, ¿cuánto de Virginia y de Leticia habrá en Belisario? ¿Y en cada uno de nosotros? Ella, “tan ingenua como él”; los dos, olmo y vid, fieles de amor.

Existe una confusión entre lo virtuoso, lo moral y lo ético: virtuoso es desplegar todo aquello que somos. Moral y ética son sus consecuencias. Platón hablaba de

cuatro virtudes de acción, prudencia, templanza, fortaleza y justicia. Y existen tres de elevación: fe, esperanza y caridad, entendiendo por caridad la práctica del oficio, la entrega de nuestra ofrenda, el don como un fruto que ofrecemos de regalo al mundo. De acuerdo a nuestro rol en la escena de la época, nuestra actuación será acorde a la de aquel actor que, con el guion en mano, procede a interpretarlo. Antoine de Saint Exupéry aseguraba que debíamos representar ese papel, aunque nos correspondiera el más oscuro; quizá algo extremo, sin embargo –y sin duda– cualquier cosa que nos aleje de lo que somos no sería virtuosa –así la apariencia hiciese pensar lo contrario–. Porque el contexto marca los pasos de la muchedumbre; el entorno –social, ambiental, hereditario– condiciona su vida y decisiones, el libre albedrío no alcanza a ser más que el producto desconocido de limitaciones propias azotadas por supuestas **fuerzas ajenas**. Las obsesiones visibles, objetivos como la riqueza, fama, adquisiciones materiales u otras sociales –e incluso sensuales–, trátase de algún tipo de prestigio, belleza, relaciones superficiales e incluso cualquier clase de poder, resultan sinónimos de felicidad, foco de nuestros esfuerzos diarios y anhelos. La masa parece confundida, extraviada en el furioso y oscuro océano de los sustitutos del Ser. ¿Seremos víctimas de la bestia, el **intelectualoide** en su labor anatómico numerológica o la misma aristocracia espiritual? ¿Al mundo lo espabilan quienes consiguen sobreponerse a la marea de condicionamientos y, armados con una voluntad de inquebrantable apego a la ley, abren camino hacia nuevos horizontes! ¿O será que no hay alternativa?

En cualquier caso bienvenida sea, entonces, la luz de los *Cuentos para abuelas y nietos* como aquel cincel que modela la piedra de las potencialidades. En última instancia, estaremos haciendo lo que hay que hacer. Y así, nuevamente, la virtud regresará como el ave fénix en el reflejo prístino de lo que Es, arte de obrar bien, conocimiento, naturaleza y ley que, alguna vez, un viejo maestro legara en un librito de sencillas aunque enigmáticas palabras. ¿Cuál es, en última instancia, la utilidad de nuestros afanes, todos los esfuerzos, cual el valor de un libro cuando manifiesta otorgarnos contacto con los restos de una transmisión hereditaria que siempre hubo entre abuelos y nietos, esa donde los saberes fundamentales aseguraban cimientos de generación en generación, boca a oído, práctica hoy perdida?

El mismo de aquellas migas que, como a Hansl y Gretl, nos llevan hacia nosotros mismos, la puerta inmaculada del corazón. Porque, tal como decíamos de los libros y su naturaleza, suele ser la de las buenas personas el que nos permitan descubrir sus encantos poco a poco, a cada lectura penetrar las sucesivas capas una bajo la otra, estructurando no solo cada una de sus memorias sino el conjunto viajando por sus páginas afirmados como el árbol que, ante la tempestad, confía en lo hondo de su raíz y no se doblega.

Abundan los relatos vacíos, cáscaras de seres a modo de silogismos de dudoso ingenio; pululan personas disgregadas, acéfalas, carentes, huérfanas de continente e incluso, escasas sin contenido, llenas de un hambre espiritual que no se sacia con el sello de actualidad.

Acercarles alivio quizá sea motivo suficiente de todo afán.

Emil García Cabot: *Desde el guadal del mundo*

María Isabel Greco

El guadal es un terreno arenoso que bajo la lluvia se convierte en lodazal y si como señalaba Heidegger, no somos nosotros sino que es el lenguaje el que habla en nosotros, en el poemario de Emil García Cabot el lenguaje dice tanto, que es casi tan inabarcable como las partículas de sílice o la mescolanza del barro que caracteriza al fangal.

La búsqueda del sentido de sus palabras es tan inevitable como el pudor para quien realiza la crítica literaria, como si al acercarse a estos poemas examinándolos procediera irrespetuosamente, como si se separara desvergonzadamente con un bisturí lo que está unido. Entonces surge la antigua idea de *aletheia*, de algo oculto que se irá develando. En este caso la opción consiste en intentar descorrer delicadamente algunos velos que conducen al decir del poeta, generosamente expuesto en su obra y que a fines del análisis, habrá de cercenarse para recomponerlo y revalorarlo, aunque sin la seguridad de haber descubierto la esencia, tratándose apenas de un atisbo cuya cercanía lo aleja.

Desde el guadal del mundo se estructura en tres partes: El guadal, Interludio y La ley. Es posible ir rastreando en cada uno de ellos una riqueza filosófica y estética que captura como cantos de sirena e incita a sucesivas relecturas, cada una de las cuales muestra lo que había quedado desapercibido en la anterior. A través de ellas se van desenmascarando rasgos de la filosofía plotiniana contenida en imágenes poéticas potentes.

Recordemos que Plotino (202-268) es el autor de las *Enéadas*, escritos recopilados por su discípulo Porfirio, un tratado de seis textos éticos, cosmológicos y de consideraciones diversas en las que retoma, sintetiza y discute el pensamiento platónico unido a nociones aristotélicas y estoicas.

Este filósofo nacido en Egipto buscaba la manera de relacionar el mundo sensible en el que habitamos, con el otro, suprasensible y fundamento de éste. A diferencia de Platón, entendía que no hay separación sino continuación entre uno y otro. La realidad en su conjunto es el despliegue espiritual eterno fuera del espacio y del tiempo, partiendo de Lo Uno, indivisible, anterior y superior a todo lo que de él procede, para llegar a la multiplicidad en una especie de derrame que sigue con Lo Inteligible, luego El Alma, las entidades sensibles y la materia, aunque emplear los adverbios de espacio y tiempo sea impropio.

En, “Trazos”, la segunda poesía del libro, leemos:

*Vaticinadores, los trazos
que me configuran,
la vida bosquejan
con un tinte sombrío.*

En los primeros tres versos parecería que los trazos simplemente están, fuera de la espacialidad y temporalidad, listos para procesionar, como una potencia que se constituirá en acto, perviviendo cada uno como tal y también constituyendo lo nuevo a través de una *dynamis* o fuerza productora de movimiento.

El despliegue o procesión que va de lo uno a lo múltiple, la idea de que todo está en todo es expresado simplemente:

*Imaginar
es ver el universo
en una gota de rocío
y todo el mar
en la ola que se vuelca
en una playa solitaria.* (“Imaginar”, p. 64).

A pesar del don de la palabra del poeta, la angustiante inefabilidad serpentea en “*De lo furtivo*” (p.29):

*Uno espera, a veces,
Que lo inasible lo invada
[...]*

*¿Qué nombre darle al prodigio
Que a lo largo de los años
Y en las espirales del viento,
va y viene como vilano
que no se aposenta?*

La realidad estructurada entre Lo uno y lo múltiple es perpetuo movimiento en el cual cada grado reproduce al siguiente, que se explaya y que regresa, que por instantes se intuye sin posibilidad de nominación ni de predicación definitivas.

La imagen del vilano, esa corona filamentosa presente en semillas transportadas por el aire que germinan al fijarse en tierra, ilustra esta idea de difícil traducción en las palabras que pugnan por hablar, sin lograrlo acabadamente.

La realidad, lo siente y lo enuncia, se conjuga por efusión de tal Principio, en el que todo está incluido, incluso la vida y la muerte:

*¿Nacer para la muerte
y morir para la Vida? (“Dubitaciones”, p. 37).*

Cuando la muerte existe, no existimos, pero cuando vivimos, también morimos y todo es uno y lo mismo, lo mismo y lo otro, despliegue y contracción, mundo y hombre, todo junto y magníficamente expresado en “Cristales rotos” ((p17)

*Cada marea cumple un rito milenario:
acaso, el mismo rito de mi día y mi noche
al abrir y cerrar los ojos
con el alma lanzada al espacio,
insaciable sed de vuelos
que irrevocablemente me vuelven a la tierra.
Vanas horas las que ya no resplandecen,
casa y paisaje aletargados,
viaje sin amanecer ni orilla y sin embargo,
largo viaje por dichas y dubitaciones;
inquietante travesía por los sueños
o un territorio sin edades
en el que los fragmentos de la vida*

*son como cristales rotos
o vienen hacia mí en forma de recuerdos.*

Los opuestos se unen, no son sin el otro como vio Heráclito de Éfeso en el VI AC, y allí está el alma plotiniana, el nexa que da vida a la materia informe, en un recorrido que se esfuerza entre ambos polos, como insignificante hoja arrastrada por el viento.

Si los fragmentos de la vida son como los cristales rotos, reflejan apariencias contrarias, imágenes inconsistentes que producen falsedades, pero al elevarse sobre ellas, como el prisionero de la caverna platónica, el alma trata de alcanzar lo inasible en un juego perenne de ascenso y de descenso, para ser devuelta a la materia mientras esté unida con ella, como explícita en “Fugacidad de los instantes”:

*Así y todo, siendo parte
del arcano efluvio de la vida
esperanzada y anhelosa,
el alma abrazó al alma
pero luego, en su soledad, desesperada,
se abrazó al cuerpo (p. 42).*

El alma está ligada al cuerpo, pero sufre el recurrente anhelo del retorno a aquello de lo que emanó:

*El puerto en el que anclé
ya no soporta amarras:
señalados están mis instantes
en el pausado reloj del aire,
a la espera
de que el piadoso péndulo nocturno
marque las horas
del anhelado despegar
de tantas inclemencias. (“Cita nocturna” p.21).*

¿Fatiga por la vida atesorada, desilusiones, vivencias almacenadas en desordenados cúmulos, o la necesidad perentoria de un regreso hacia la verdadera

patria, aquélla a la que Plotino, repitiendo a Platón se refería cuando decía: “Hay que huir de aquí”, aunque se trate de un retorno tan difícil que suele comparárselo con el regreso de Ulises a Itaca? Tal vez una de las varias dificultades sea

*...porque el silencio
es un espacio desolado,
y el alma
con ansias de volar
es nave a la deriva.* (“Un alto en el camino” p. 56).

La búsqueda de Dios, su concepto como protector o punitivo, aflora cuando opina:

*Si dejara Dios de serme extraño,
Sería como reír con todo el cuerpo.* (“Devenir”, p. 21).

Y en “Continuidad de los muros” (p, 24):

*Yo, que hilvanado versos
trato de descifrar la vida,
me pregunto si es un dios misericordioso o irascible
el que nos desteje y trama
entre amargos sorbos apurados
y ante muros que hay que romper
para cada nacimiento.*

El poeta, empeñado en comprender el mundo cavila entre dos imágenes divinas, inquiere otra vez acerca del principio, esa fuerza manante de la que todo se deriva haciendo y deshaciendo en un eterno comienzo, que se acentuará en “La rueda del mundo”.

También en esta parte está presente la poetización de lo cotidiano en “Las cosas” (p 47), esos “testigos mudos que aceptan o reprueban” y que evocan al “orfebre que las hizo”, a “la mirada inquisidora o afable” y al “gesto diligente que aun hoy las acicala y manipula, eso que está allí, en la obviedad que nos rodea y aguarda pacientemente para ser redescubierto. Entonces, Emil nos conduce siguiendo sus pasos hacia nuestros propios pasos y volvemos a ver la taza que usaba nuestro padre,

la silla del tío que conservo en un cuarto, la bolsa de tejido de mi madre inmóvil y sugerente, la pelota de mi hermano, mi muñeca Marilú.

La segunda parte, Interludio, está permeada de sentimientos y reflexiones acerca del presente y del pasado, de la propia vida y del inexorable horizonte de la muerte:

*Camínos nuevos
Habría que trazar
Para no sucumbir
En patrañas e indolencias
Ni en la estéril ambición
Del deseo de las cosas* (“Cuestionamiento” p.73).

Con “Recapitulando” ese sentimiento del devenir, de lo inevitable, de las pérdidas, de la lucha por permanecer y la certidumbre del final se subrayan, al decir:

*En vez de dar firmes pasos
lento se desplaza el cuerpo
que aun aparentando
firmeza y prestancia
cabe preguntarse qué lo mantiene altivo
y a quién claman sus ojos
con tanto mirar al cielo
a poco de que le abran
su hoyo para siempre.*

Los años saturan la existencia de alegrías y pesares. El tiempo se ensaña con el cuerpo y lo que era agilidad y fortaleza se torna lentitud y vulnerabilidad, se multiplica y reaparece la nostalgia, el sepulcro que espera y a lo mejor la iterativa necesidad de responder al llamado de la Patria.

*¿Me bastará mañana
Una pizca de sol
Para querer seguir viviendo* (“Reflujos”) (p.77).

“Final de fiesta” señala que “anodina o confusa se desliza la vida” y se pregunta
¿En qué ojos vernos entonces

*si los rostros solo imparten
destemplanza o apatía? (p. 79).*

pero en “Desatadura” propone
*Abstraerse del tiempo
y sin buscar nada,
mirar en torno
sin sentir añoranzas (p. 81).*

Estos versos pueden conectarse con los “Desprendimientos” (p.32):

*Desandar etapas
Sin preguntarse qué cuesta
Fue más empinada que otras
[...]
Arrojar deseos
Al desfiladero de los sueños*

Tal vez la imperturbabilidad, la ataraxia, es el remanso. La propuesta de tantos pensadores acerca del desasimiento después de las tormentas que detonan, se calman y reaparecen subrepticamente con algún relámpago cuando
*la soledad estalla
con recidumbre plañidera (“Perduración”, p. 82).*

Sin embargo, en “Siempre” hay una certeza:

*qué suerte saber
que alguna vez fui querido
y que aun sin saberlo
no estuve tan solo (p.83).*

Las idas y las vueltas, el incesante fluir, el tironeo entre el estar y el no estar aquí, entre el ser y el no ser es imposible de ignorar mientras la vida se desliza. Y un broche triunfal al sentir e inteligir que ha sido amado y ha estado acompañado, resulta algo así como una tímida caricia.

El epígrafe de la tercera parte, La Ley, declara: “A algún lugar irás alma andariega, ¿a la plenitud de qué cielos o a los recovecos de qué mundo?”

La ley trata de lo que inexorablemente se cumple, y está presente en cada uno de los poemas que anticipan el final. La permanente cavilación acerca de la vida y la muerte, el cosmos, el origen, visiones diferentes que coinciden y el ensayo de respuestas a las preguntas imperecederas.

“La serie infinita” (p.96) recuerda el universo “comienzo y fin de una serie infinita por imperio de la ley y sus designios”, mientras que el primero de los poemas del capítulo, “Atsibos” (p87), cruza la reflexión acerca del más allá con la sombra de los recuerdos y los sueños.

“Ahora” (p 89) elige el mar y el barco para sugerir el viaje y los arribos:

*Navío de fatigados maderos
Llevado por flujos y reflujos
Sobre un mar de aguas revueltas
Hasta recalar en otras costas...*

¿Es el hombre el navío que ha transitado su camino en tantas direcciones reclamando “abrevar de los jirones de memoria que aún me dispense el tiempo”? ¿Cuáles serán esas costas en las que habrá de recalar? Entre marchas oscilantes hacia el presente y el pasado, otra vez la apelación al “bullicioso ardor de la memoria” en “Callejón del viento” (p.90/91), que trae

*la casa donde crepitaba el fuego”
[...]
Vespertinos salmos
en iglesias y conventos,
amores en plazas y jardines,
vagabundeos en las calles [...]*

Y la misteriosa alocución de “La rueda del mundo” (p. 93)
El señor Shankara dijo:

el mundo es una blasfemia en acción.

[...]

“Blasfema de Shankara

o “pecado original”

¿cómo no desear ser otro

o ser dos

con la insuficiencia de ser uno?

El personaje central de este poema es Shankara/ Shiva, el auspicioso , afortunado y eterno, dios del hinduismo , representante de la destrucción y la transformación universal , el que por tener el poder de la destrucción es al mismo tiempo el regenerador, el que permite la renovación espiritual, el que lanza su imprecación que alude al encanto de ser otro o mejor a ser un dúo.

Tal duplicación probablemente se refiera a la que Shankara lograra con sus dos esposas, primeramente con Sati, repudiada por su familia y autoincinerada y luego con Pavarti, la energía cósmica auspiciante de la renovación .El resultado es uno que se hace dos, dos que gestan a tres, y así continúa la rueda de la vida y de la muerte.

Tal vez este velo descorrido encuentra fusionados la cosmología y el amor, porque tal vez el mundo, como afirmaba Hesíodo en la *Teogonía*, es producto de Eros, del amor, la fuerza que hace surgir las generaciones de los dioses, mantiene en curso el devenir y es un poder en el corazón de los hombres.

“En algún lugar” (p. 97) continúan las preguntas infaltables acerca del pasado, del futuro, de lo que fue y no es y dónde quedará, si algo queda:

Resonancias del que fue
y que por haber sido,
quizás aún es presencia.

y en “Dónde” (p. 103).

*Estaremos dónde
cuando sin ser ya agua ni polvo,*

*eco ni estela,
seamos como punzantes escarchas [...]*

La vida conduce hacia el horizonte de horizontes, que está cada vez más cerca:

*Del ayer al hoy
y del hoy al mañana,
serpentean los días
con cuanto la vida nos dio
y ahora nos quita (“Vuelos”, p. 98).*

Promediando el texto los poemas se enhebran apretadamente: “El hilo de plata” (pp. 94/95), “La serie infinita” (p. 96), “Inexorable” (p. 100), “Del aquí al allá” (p. 105), “In memoriam” (p. 107) y “A-Dios”(p. 109) con incitantes y evocadoras palabras girando en torno de la misma idea, tantas veces cantada.

El bíblico hilo de plata es mentado una y otra vez en los distintos versos, ese hilo que según el Eclesiastés 12.6 recuerda nuestras obligaciones, el que une los dos mundos - el generador y el generado -, el que tensa entre el sueño y la vigilia, el que “horada destinos y vidas/ dejándolos a la intemperie” (p. 94).

Y el cosmos, “comienzo y fin de una serie infinita/ por imperio de la Ley y sus designios” (p. 96) la fila renovada vuelve en otro canto al decir que

*Otra vez la rueda
otra vez el hilo
[...]
Mueve nomás el agua la rueda
recreando pertinaz el mundo
con su voraz enramado
de lo precedero. (p.100).*

*...ese hilo que según ciertas historias
es de plata
[...]
este afamado cordel plateado*

[...]
*¿Cuándo y dónde me soltará al fin,
como alguien me soltó
del cárneo cordón
que en el vientre de mi madre
mi cuerpo gestó y mantuvo
hasta que al darme a luz,
abrí mis ojos?
¡Y cómo ha de ser el sitio,
residencia del gran ojo avizor
que flemático y condescendiente,
me señale en falta,
y su custodia me tenga
hasta mi próximo turno
con la vida!* (pp. 105-106).

La despedida se hace incontrovertible:

*“hacia donde todo es luz y silencio
[...]
a la espera de que el sol
al fin quebrante reflejos en el agua
hasta cerrar mis ojos”
porque al fin
Quisiera morir de cara al sol
una mañana de verano
llevándome añoranzas y amores [...]* (p. 109).

Tal vez en esta despedida no faltara la evocación de los “Cristales rotos” con

*Aquella infancia cada día más presente,
quebradiza la escarcha
Junto al cordón de la vereda* (p.18).

Los poemas de *Desde el guadal del mundo*, invitan al lector a conectarse con circunstancias personales, a la meditación y el deleite tanto por la profundidad de

sus disquisiciones filosóficas como por la belleza de los símbolos poéticos esgrimidos como vehículo.

Incitan a volver sobre ellos una y otra vez, complaciéndose del ensamblaje entre conceptos y sentimientos, suscitando emociones compartidas, promoviendo evocaciones y endulzando la suave melancolía emanada de ellos. En fin, reconociéndolos como ofrenda del poeta para que se hagan propios y contradiciendo el último verso de “Límites” (pp. 48-49).

*Todo eso, y ahora esto
volcado en una página
que ni siquiera contiene
el “cuento sin sentido de un idiota.*

Porque todo el contenido del poemario cabotiano no se compadece con el ruido, la furia y la falta de sentido proclamada por el Macbeth shakespeariano, al esparcir calma, reflexión y sentimiento.

**Vivir en el espejo.
Acerca de la novela *Impromptu* de Beatriz Isoldi**

Ana María Guastoni

“El destino es el que baraja las cartas
y nosotros las jugamos”
Williams Shkespeare

Introducción

¿Podrá el destino reflejarse en un espejo?

Vivir en él, hasta plasmar nuestra esencia y transformarse en el legado máspreciado.

Independientemente de nuestra cultura, creencia o religión, alguien ordena lo que sucede o sucederá. Para la mitología griega, las Moiras, con túnicas blancas y mirada inescrutable personificaban al destino. Ellas tenían el control de los hilos de nuestra vida desde el nacimiento hasta la muerte. Clota, tejía la hebra de la vida; Láquesis, medía con su vara la duración y Átropos, era quien cortaba los hilos que había tejido Clota. Incluso los dioses dependían de ellas. Los romanos las llamaron “parcas”. Existía una fuerza sobrenatural que regía los acontecimientos en la vida de los mortales.

Me propongo analizar la novela *Impromptu* (Una improvisación) de Beatriz Isoldi, publicada en la ciudad de Buenos Aires, en septiembre de 2020 por la Editorial Paradiso, hábilmente prologada por la escritora Lic. Bertha Bilbao Richter (Vicepresidente del Instituto Literario y Cultural Hispánico). Cito a continuación párrafos donde la novela hace referencia al tema de mi análisis.

“...fue el azar o el destino o la necesidad, que metió sus cuatro patas para que aquel día se reencontraran” [...]

“... Se mira en el espejo cóncavo de marco dorado” [...]

Incluso a través del espejo, somos capaces de ver lo que no ven los otros. En el inevitable transcurrir del tiempo, nuestra mirada refleja, sin dudas, la felicidad, el dolor, el arrepentimiento, la satisfacción, la ira, el aislamiento, y comprendemos la fugacidad de nuestra existencia.

Borges, considera que el destino está compuesto por tres elementos: lo inevitable, que constituye su primordial sustento, las causas y los efectos que determinan los hechos intermedios que conducen al final, y el momento en que los seres humanos asumen y enfrentan el destino epifánico de su existencia, lo que se asemeja a la Gracia de los católicos.

Impromptu (una improvisación)

Beatriz Isoldi, nació en Buenos Aires, es novelista, cuentista, ensayista, acreedora de premios y distinciones en el ámbito literario, actualmente presidente de Gente de Letras, sociedad civil que nuclea a escritores, estudiosos de la literatura Argentina. Cito una frase que escribiera en la presentación del blogspot de la institución:

“...Creador es quien sale de la caverna platónica con riesgo de vida para des-
-ocultar la realidad” [...] www.gente-de-letras.blogspot.com.

Ser creador implica un estilo propio, con cualidades pertinentes: agilidad narrativa, estructura argumental, personajes que resulten verosímiles. Stephen King, en su libro *Mientras escribo* (2021), sostiene que las personas suelen elegir obras sin tener en cuenta el mérito literario del autor, sino que les resulten entretenidas, observación que refuta diciendo que como lector, se está dentro de una novela, cuando se logra reconocer a los personajes, su entorno, su manera de hablar, hasta podríamos llegar a saber en qué están pensando, lo que puede considerarse como sinceridad creativa.

En el ciclo de conversaciones “Tres miradas”, el poeta Osvaldo Rossi, le pregunta a Beatriz, qué le hace elegir la novela en esta época de su vida. Entre otras cosas, responde que **novelizar es una indagación existencial**¹.

En relación a la palabra en la ficción, Isoldi, considera que la misma “significa”, valiéndose de recursos o estrategias. Roland Barthes, afirma que el texto es una máquina de significación, una red de significantes sin fin. Cada palabra presente en un texto, adquiere un significado que nos lleva a dilucidar que el sentido de la misma, no es algo preestablecido y unívoco, sino un proceso de construcción y resignificación que se genera entre el autor, el texto y el lector. Nuestra aventura de lectores, más precisamente el momento de elegir qué leer, conlleva necesariamente, una respuesta a los cuestionamientos existenciales. ¿Quiénes somos? ¿Quiénes queremos ser? Al igual que los espejos, nuestra biblioteca habla mucho de nosotros.

La Real Academia Española define a la palabra Impromptu (del latín *in promptu* “de pronto”) como una composición que improvisa el ejecutante y por extensión la que se compone sin plan concebido. Se refiere en general a una pieza musical, que se caracteriza por la improvisación y que generalmente se ejecuta en el piano. Fue realizada por autores como Schubert, Chopin y Fauré.

Cuando de improvisar se trata, entiendo que la vida es una continua improvisación. Hacemos lo que podemos ante las situaciones que se nos presentan y no siempre lo que podemos, significa lo que hubiéramos querido hacer. El escritor francés Louis Aragon escribe en un poema, “el tiempo de aprender a vivir ya es demasiado tarde” y Montaigne, expresa un concepto similar al decir, “nos enseñan a vivir cuando la vida ya ha pasado”. Es el tiempo una variable que los humanos no pueden acelerar, lentificar, ni detener, por lo tanto, se trata de vivir de la mejor manera posible, a veces, improvisando.

En el presente trabajo trataré de esclarecer el cúmulo de estrategias y recursos utilizados por la autora en el devenir de un atrapante relato, que nos induce a leer

¹ www.youtube.com Osvaldo Rossi con Beatriz Isoldi -Tres miradas – YouTube.

en busca de respuestas ante los laberintos que cada uno de nosotros recorre en su historia de vida.

En lo concerniente a su estructura, el libro consta de dos partes y está dividido en capítulos sin título. Cabe aclarar que la segunda parte, posee solo quince páginas de un total de doscientas tres. Este hecho que no parece tener relevancia, es importante para dejar al lector ante un final impensado, a la vez que lo invita a una segunda lectura, más reflexiva, tratando de hallar indicios que lo conduzcan a lo inesperado. En la obra literaria pueden reconocerse características del postmodernismo al romper con un relato lineal y coherente, usando saltos temporales, distintas voces narrativas, como una nueva forma de contar historias. Nos encontramos ante una fragmentación narrativa, que crea en el lector una sensación incierta, donde logra cuestionarse la realidad. A mi humilde entender, un libro que necesita leerse más de una vez, define el lugar que habrá de ocupar en los anaqueles de una biblioteca, porque la buena literatura, no solo es una cuestión de preferencias personales.

La novela comienza con un encuentro de sus protagonistas: Sara y Román, en el cruce de una avenida de Buenos Aires, cuando han transcurrido treinta años de la historia de amor que los uniera en el pasado. El reencuentro, azaroso quizás, revive la autenticidad y la pasión de aquellos sentimientos, y culmina con la promesa de verse nuevamente en el pueblo donde vive Román. Coinciden en tiempo y espacio, identificando lo que Bajtin define como cronotopo: la conexión intrínseca de las relaciones temporales y espaciales que se expresan artísticamente en la literatura².

En el prólogo, la Licenciada Bertha Bilbao Richer, anticipa que Beatríz Isoldi va por un mayor riesgo, toma el mito como la irrupción de lo sobrenatural, haciendo referencia a la obra teatral *Impromptu*, cuyo argumento recrea la autora como hipotexto de la historia de amor entre los protagonistas, ya que Sara y Román

² Y. Rodriguez, *Qué es el cronotopos según Mijail Bajtín-concepto-definición*, 2018. www.lirelarysomnia.com/articulos-literatura/cronotopos.

se conocen cuando ella encarna el personaje de Ariadna y él, es el fotógrafo encargado de registrar lo vivido por los actores en el escenario.

Borges, en su libro “Los conjurados” expresa:

“El hilo que la mano de Ariadna dejó en la mano de Teseo (en la otra estaba la espada) para que éste se ahondara en el laberinto y descubriera el centro, el hombre con cabeza de toro o, como quiere Dante, el toro con cabeza de hombre, y le diera muerte y pudiera, ejecutada la proeza, destejer las redes de piedra y volver a ella, su amor. Las cosas ocurrieron así. Teseo no podía saber que del otro lado del laberinto estaba el otro laberinto, **el del tiempo**, y que en un lugar prefijado estaba Medea. El hilo se ha perdido: el laberinto se ha perdido también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un caos azaroso. Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo: acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad”³.

Isoldi, nos introduce en un laberinto donde el tiempo del relato, o sea la forma en que se nos presenta lo narrado, se diferencia de la historia que narra (anacronía) donde se altera el orden cronológico de los hechos.

El lector se encuentra en el transcurso de la historia con párrafos donde resulta difícil diferenciar lo real de lo imaginario, y algunas veces, es necesario releerlos en el intento de comprender el sentido de las palabras:

“...En la amplia habitación circular trastabilla otra vez con la lámpara de pie negro y cae al suelo. Y en el suelo queda enredada en el cordón, lo siente crecer desproporcionadamente enroscado a su cuello [...]

... Mientras el dolor en el pecho avanza, tiene tiempo dentro de esa casa para pensar su vida [...]

³ Cf. P. Eufrazio, *La presencia del “Destino” en Borges*, México, UNAM. 1998.

... En la pared, un espejo de marco dorado, es cóncavo y deforma su imagen [...]”.

Un espejo cóncavo de marco dorado, también refiere a su forma oval. Cuando intento imaginarlo, lo hago de dos maneras: de orientación vertical u horizontal, no importa el tamaño, basta con que se refleje una imagen, un rostro, una vida. Si estuviera ubicado verticalmente las medias esferas estiradas, me mostrarían el cielo y la tierra, los pies sobre la tierra y la inmensidad de arriba. Si fuera horizontal sus medias esferas, se moverían de un lado a otro y tendría que escoger hacia dónde ir. ¿Qué tienen de particular los espejos cóncavos?

Poseen una superficie reflectante que se encuentra curvada hacia adentro, reflejan la luz haciéndola converger en un punto focal, se los utiliza para focalizar la luz. Forman imágenes reales e invertidas de un objeto que se encuentra atrás del foco principal. Si el objeto se halla entre el foco principal y el espejo, la imagen es virtual y aumentada.

¿Por qué Beatriz Isoldi, elige ese espejo? No es casual.

“... Va a sellar la puerta verde, se dice, va a apagar a la voz que le habla desde el espejo cóncavo de marco dorado, va a abandonar esa casa [...]”.

El lector necesita imperiosamente ir más allá, saber quién o quienes le hablan a quien a través del espejo. ¿A Sara, la no esperada? ¿A Ariadna, la tejedora?

Gerard Genette, define al acto narrativo como “voz”⁴. La voz en el relato implica estudiar las características de la narración, lo que incluye las preguntas lógicas que debemos formularnos ¿Quién enuncia? ¿En qué circunstancias (dónde y cuándo) enuncia?

⁴ Cf. B. Castany Prado, *Reseñas de Figuras III de Gerard Genette*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2008. <https://diposit.ub.edu>.

Si bien en la mayoría de los relatos, el autor suele decir menos de lo que sabe de la historia, en este caso, hay indicios, que son interpretados de forma ambigua por el lector y cobran relevancia cuando se llega a la segunda parte del libro.

Isoldi, se constituye en una narradora omnisciente que sabe mucho. No es quien cuenta sino quien ve, haciendo hincapié en la focalización ¿a través de qué mirada se ve lo que se cuenta? En la primera parte el relato, está totalmente enfocado en Sara, en sus pensamientos, en las ansias de reencontrarse con él y vivir la historia de amor que el destino dejó trunca, sabiendo que existe la posibilidad de hacerla realidad después de tantos años. En la segunda parte, el relato está enfocado en Román.

“...La está esperando. Dos de la tarde. Camina bajo un radiante cielo azul. Con el ramo de flores en la mano, llega hasta el cartel que con grandes letras anuncia el nombre de la ciudad de Esperanza [...]”.

La acción se relata en presente. En este caso el escritor está viendo lo mismo que ve el personaje.

Merece atención resaltar la forma en que Beatríz Isoldi, utiliza los tiempos verbales:

“...Ella cruzaba la avenida Las Heras exactamente a la hora que él eligió cruzar la avenida Las Heras. Dieron tres o cuatro pasos mientras se acercaban aunque no fuera ése el propósito en realidad, sino el de alcanzar la vereda opuesta, cada uno con su propia idea de vereda y casi se rozan y casi se desconocen. Sin embargo, avanzaron no en el espacio sino en el tiempo que irrumpía en sus presentes. Entonces ella se detuvo, él se detuvo. El aire de la noche los envolvió. Vacilaron. Dudaron. Por un momento desecharon la idea de que cada uno pudiera ser quien era. Y sucedió. Sucede. Se contemplan, se acercan [...]”.

Los diferentes tiempos permiten la ubicación en los distintos tiempos del relato. **Cruzaba**, nos indica una acción extendida, nos da idea de movimiento, **eligió**, en referencia a él, irrumpe en su realidad. **Ella se detuvo, él se detuvo**, en esta acción, pasa del singular, al pasado en plural, **Vacilaron. Dudaron**. Luego en, **Y sucedió. Sucede**, va del pasado al presente histórico, como si se tratara de una sucesión de hechos. Ellos **avanzaron** no en el espacio, sino en el tiempo donde se encuentran los recuerdos de lo que vivieron juntos.

¿Es el destino quien hizo posible que coincidieran en el cruce de una avenida?
Es probable.

Luego del encuentro, Sara, viaja hacia el lugar donde vive Román. Hay un hecho a tener en cuenta. Pierde el ómnibus reservado y decide viajar en otro. A pesar del inconveniente, el chofer accede a llevarla. Mientras revisa sus pertenencias, se da cuenta de que ha olvidado el celular. Entonces, dedica su tiempo a la lectura, un libro de Cess Noteboom llamado *La historia siguiente* (1991). Enfrascada en él, escucha al acompañante del chofer, anunciar la llegada a la ciudad.

“... Deja la lectura, pone el señalador, guarda el libro en el bolso, vuelve a comprobar su aspecto en el vidrio de la ventanilla, un viaje sin sobresaltos, le dirá a Román, salvo el pequeño detalle de la brusca frenada que [...]”.

Encontramos otro de los recursos utilizados por Beatriz Isoldi. Si nos detenemos en *La historia siguiente*, comprendemos la intertextualidad manifiesta que existe entre las novelas. Cess Noteboom narra en dos partes una historia en retrospectiva de construcción de la identidad, a través de sus amores del pasado. Existe una construcción de la realidad mediante la ficción y el entrecruzamiento de los relatos.

Beatriz, dice de Sara:

“... ya no escucha el andar del coche ni el ruido del entorno, la historia la va ganando.

Me desperté con la ridícula sensación de que tal vez estaba muerto” (texto de La historia siguiente)”.

Cuando llega a Esperanza, descubre que Román no está esperándola. Beatriz, utiliza la repetición, para reflejar los distintos estados de ánimo, usando diferentes tipografías:

ROMÁN LLEGUÉ
ROMÁN LLEGUÉ
¡Román llegué!
román llegué
Román lleguééé...
¡ROMÁN LLEGUÉ!

La expresión puede leerse a lo largo de varias páginas y siempre aparece de una manera diferente, a medida que transcurre el tiempo del relato, lo que origina en el lector, múltiples interpretaciones mientras se interna en la vida de Sara.

¿El espejo cóncavo de marco dorado?

Se refleja en él, a medida que la historia avanza.

Ella era actriz cuando conoció a Román.

Román estaba casado, lo que no impidió que vivieran una historia de amor en donde compartían su pasión por la lectura, de la que rescato un libro, de los que el personaje de Sara encuentra en la casa: *El último encuentro* de Sándor Márai (novela consagrada al destino, 1991), el teatro, donde ella interpretaba junto a un grupo de amigos *Impromptu*, que ponía en escena el mito del Minotauro y el laberinto. Donde ella era Ariadna, quien con un ovillo de hilo, debía ayudar a Teseo a salir de él, luego de que hubiera matado al monstruo. La intertextualidad con el mito, está reflejada en gran parte de la obra.

No tenían dinero para la escenografía, entonces, puede entenderse al minotauro, encarnado por un empresario que financia la obra a cambio de los favores de Sara,

o de Ariadna, que vivía en Sara, frente al espejo cóncavo de marco dorado. Un caso de acoso que no puede pasar desapercibido. Lo supo Román, que siguió casado con Lena. La historia entre ellos terminó, hasta que el destino los unió en la avenida Las Heras, treinta años después.

La obra de Beatriz, nos permite jugar con las palabras, apropiarnos de ellas para darles sentido. No puedo omitir otros de los tantos recursos utilizados: la sensorialidad.

“...tiene siete años, una mañana de diciembre, el aire es tibio, hay perfume a jazmín del cabo, susurran los pájaros, debe cumplir con un recado de su madre, sale de su casa y hacia allá va, su vestido al viento, corre, salta, fluye, el pelo suelto, es libre, sus pies apenas tocan el suelo, vuela, sabe que vuela, que puede volar como los pájaros en la inmensidad del cielo, sabe que ese vuelo la emparenta con las deidades, que el arcano la espera más allá del horizonte [...]”.

Sin duda, las imágenes sensoriales proporcionan belleza, profundidad, a la vez que enriquecen el texto. El lector se siente volar, escucha el susurro de los pájaros y percibe el aroma a jazmín del cabo, hechos que seguramente, guarda en la memoria retrospectiva.

Por fin el espejo cóncavo de marco dorado se rompe en mil pedazos, hiere las manos de Sara, o las de Ariadna, ya que

“...La araña está expandiendo su tela sedosa, ilusoria, atrapante, pronto la alcanza en su sideral abrazo [...]”.

Hay una infinidad de recursos que identifican la escritura de Beatriz Isoldi, resaltando un estilo propio. Para nombrar sólo algunos, detallo los diálogos directos (sin guion), elipsis, en las respuestas anticipadas a preguntas no realizadas, prolepsis, anticipando el futuro para volver al presente, y por supuesto, la utilización de tópicos literarios: el amor, la vida y la muerte.

Conclusión

La vida misma es un laberinto, necesitamos quien nos marque el camino de salida. No siempre lo encontramos, pero los espejos no mienten. Si nos detenemos frente a ellos, solo un instante, podremos hallar las respuestas a preguntas existenciales. El tiempo no da tregua, se anticipa al relato. La búsqueda de la verdad, constituye una fuerza liberadora e imprescindible para sobrellevar el transcurso de nuestra historia. En palabras de Beatriz Isoldi, **el pasado se construye**, seguramente, nuestra mirada refleja, la única versión auténtica de quienes somos realmente.

Habrá quienes creen que Dios, es quien maneja los hilos de nuestra vida, habrá quienes piensen que cada uno obtiene lo que merece. Todas las versiones resultan creíbles, aunque a mi entender, es el destino quien nos habla a través de los espejos, sólo que a veces, no entendemos el mensaje.

Finalizo con una frase de Pascal Quignard, *Las paradisíacas*, extraída del epígrafe de Beatriz Isoldi, en *Aquello* (2022):

“...Cuando recuerdo el pasado soy como un pájaro al que se le quiebran las alas... caigo, caigo, dejo de buscar las palabras para contar lo que ha sido... sólo quiero volver al tiempo en que yo era feliz”.

RESEÑAS

SUSANA CATTANEO CORONA, *Pantano de fuego*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Enigma Editores, 2021.

“Quinto punto cardinal¹: la búsqueda de una realidad paralela”.

Pantano de fuego de la escritora argentina Susana Cattaneo Corona rinde homenaje a su madre, en forma abierta y declarada con este bellissimo poemario estructurado en dos partes en las que se distinguen dos formas poéticas: la prosa poética y el verso libre y vanguardista.

Se vislumbra la alusión al “quinto punto cardinal”, como búsqueda de una realidad paralela, en la que subyacen sensaciones impalpables, animales etéreos, un submundo singular con la connotación de zona no permitida a extraños. También se alude a la Quinta estación (p. 49). Asimismo, como podrán observar, esta realidad “irreal” nos invita a la reflexión del sí mismo.

Estamos ante una mirada objetivista en la que la realidad se ofrece como símbolo de un orden superior y sagrado. Siguiendo el enfoque de Denise Levertov² sobre la forma orgánica, reside el concepto de que en todas las cosas (y en nuestra experiencia) hay una forma que el poeta puede descubrir y revelar.

En la experiencia poética de Susana Cattaneo Corona, se observa una aguda percepción de su entorno subjetivo. Se suceden en *Pantano de fuego*, especialmente, una constelación de vivencias emocionales ante los fenómenos sensitivos. Hay una aprehensión intuitiva que se manifiesta en semblanzas creativas. La poeta explora en la cotidianidad, no solo en los objetos de la casa habitada, sino también en el espacio de la Naturaleza. Los tres reinos: vegetal, animal, mineral se entremezclan desde su

¹ Citado en la página 57.

² Denise Levertov, *Cada verano el último verano*; compilado y traducido por Ezequiel Zaidenweg; Alejandro L. Crotto.- 1º edición bilingüe- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Zindo & Gafuri, 2018.

rol de niña-mujer y la mimetización reiterada de encarnarse en pájaro, nube, los que están testimoniados y caligrafiados en papiros quiméricos.

En las dos partes de *Pantano de fuego*, se cristaliza la contemplación atenta e introspectiva, mediante el manejo de la prosa poética y el verso libre, con la incorporación de palabras nuevas: “cielotorrente”, “aguazulejos”, “pechoverdeazul”, “rojoamarsol”, “tilosdiciembre” (p.48). Esta invención de palabras obedece a la necesidad de expresar aquello inasible y también la pretensión de la búsqueda de exactitud y justeza lingüística (al estilo girondiano), que constituye siempre un gran desafío para el creador.

Hay una interacción dinámica que confluye en la focalización de la intemperie, la soledad y la tristeza. El pantano es un lugar difícil de transitar, en tanto puede conducirnos al hundimiento. Esa inestabilidad del fango muestra una pujante rebelión, en el rasgo inherente a lo ígneo. El fuego es un elemento voraz; es plausible que “quemar todo” implique generar un nuevo ciclo que instaure una transformación. Se trasluce un ritmo sonoro y cromático, que semantiza la representación del cosmos, con un marcado acento metafórico y simbólico.

Textografías: “Bailas sobre el terrón de tierra, sobre una violeta quebrada de rocío” (p.13)

La acción y el deseo inician la elegía en presente. Es el cuerpo que danza en el átomo del espacio. Los ojos que absorben la vida, la boca con la mueca sostenida, la postura y actitud de ofrenda al universo, inscrita en viejos papeles. “... [Los gorriones] ... llevan en sus picos hojas color sepia con inscripciones misteriosas” (p. 14).

Escena descriptiva en un diálogo secreto y en silencio con los pájaros, mensajeros que deambularon por las ermitas y las fogatas de la selva. “Un tren herido recorre tu mano por el paisaje de las venas” (p.15)

Inversión del territorio en pura soledad. Se cincela en el propio cuerpo: desde las venas a la mano. En el tren herido y en la rosa negra se anhela un verano amarillo.

Hay un juego cromático junto al vaivén del viaje con la presencia del caballo, animal que se arraiga a una simbología de fortaleza y libertad. La cotidianeidad construye un mundo peculiar con los objetos y recuerdos que exaltan la nostalgia del Paraíso Perdido. Lo idílico se fusiona al dolor de lo que ya no está. Similar a un paisaje de la Arcadia con un tinte infernal más que bucólico, en esa intensa búsqueda del edén florido. “Todo canta para callar las palabras de la muerte” (p.18)

La valija del tiempo atesora fotos. Antinomias en lo oscuro y la luz, unidas a palabras cantarinas. Personificación del misterio. Un ser carnal en cuyo rostro anida un libro sagrado (¿Acaso Jesús, acaso Mahoma, cuyo rostro siempre está velado?). La noche y el sueño enarbolan los rostros en sombra, el miedo, la tristeza y soledad. La noche alude a lo desconocido, lo ignoto. Desaparece la luz que se añora hallar en el sueño como en una nueva tierra prometida. La prevalencia de lo onírico es el marco de relieve que transita a lo largo del texto.

Como en una densitometría o resonancia magnética se va escaneando cada rastro, marca del dolor. La magia del mito de Circe y así como también las pruebas del héroe, nos señalan una realidad suprema del inframundo y la infinita eternidad deseada. Niña subterránea desde la oscuridad más profunda. Un desdoblamiento de la identidad como *leit motiv* que fluctúa en la imagen transfigurada por miradas ajenas y ocultas en textos ilegibles, indescifrables. La flecha apunta hacia el encuentro de la salvación del ser.

“Dicen que ella nació en un pantano...Se escucha, en el mes decimotercero del calendario, una canción que encanta los oídos de la luna” (p.39)

La irrealidad se intensifica al citar el mes decimotercero del calendario. En forma constante, la naturaleza entreteje estampas inmateriales, “polvo de aire”, “cajita de humo”. Imágenes muy ligadas a la ensoñación del mundo infantil. (p.40)
La lectura de *Pantano de fuego* de Susana Cattaneo Corona, nos brinda la magia del misterio, una devoción a la verdad interior, surgida de la experiencia poética y agónica, que traspasa los límites de la ensoñación, para alcanzar el éxtasis.

Cristina Pizarro

MARÍA DE LA PAZ PÉREZ CALVO, *La última custodia*, Buenos Aires, Ed. Copo de Nieve, 2023

Jeremías, fraile franciscano es asesinado al negarse a revelar un secreto. Su Superior, Fray Paul, del convento californiano de Santa Bárbara, contrata a la psicóloga forense Debora Alvear para que estudie el último y extraño mensaje enviado, en estado de agonía, por el malaventurado fraile residente en Argentina. La interpretación del mensaje exigirá una imprevisible búsqueda que emprenderá la joven doctora que para ese fin y abocarse a una sucesión de investigaciones en diferentes provincias argentinas, regresa a su patria.

Paralelamente, aunque en distintos ámbitos, el argumento refiere al oculto y peligroso poder del mal, que en distintos tiempos históricos, se propuso la destrucción de la Iglesia Católica. La autora, María de la Paz Pérez Calvo ficcionaliza una renovada acción demoníaca centrada en un presente que es proyección de un pasado que podría iniciarse en el cuestionamiento de San Francisco de Asís a una Iglesia que intentó, en su momento, ser el centro del poder económico, desoyendo las enseñanzas de Jesús, en la visión del santo.

Desde una voz omnisciente que incluye diálogos de numerosos personajes que van configurando el argumento evidentemente policial, aunque con visibles rasgos posmodernos que muestran la hibridación del realismo con elementos suprarreales o sobrenaturales, el cuestionamiento de la verdad y en consecuencia, de la verosimilitud exigida por la literatura tradicional, un desenlace del tema que apela a una hermenéutica que va más allá de la comprensión del texto, una prosa que por momentos se hace poética en la descripción de ambientes eclesiales, personajes que no son estables en su configuración identitaria y que hacen posible la confrontación de ideologías, entre otros, y que pretendo dejar solamente señalados en esta breve reseña.

Me fue grato asistir a la presentación de esta novela - que aporta al canónico policial nuevos matices,- en el salón de actos de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) el 28 de julio pasado, ocasión que me dio la oportunidad de conocer a la ya destacada escritora y a varios de mis discípulos de la Diplomatura en Teoría

y Producción Literaria, curso que ofrece esa institución para el estudio de obras literarias de nuestro tiempo.

Guillermo Rojas Alcócer

* * *

CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA *La interrupción aconteció en Septiembre*, Buenos Aires. Enigma Ed. 2023

Es un honor presentar esta hermosa y dolorosa novela de Carlos Enrique Berbeglia. Digo dolorosa ya que se trata de la sospecha de una imposibilidad humana, la de ser libre y además, sentirse libre, sin límites, el logro de una profunda libertad interior, premisa sobre la que está construida la novela.

Comienza con el protagonista en presidio sin que sepamos las causas de su detención, y es mejor que no lo sepamos porque no se trata de un policial, no se juega con la ambivalencia inocente o culpable, sino de la angustia metafísica por la que pasa el protagonista en su necesidad de escapar del insoportable lugar. Se trata, entonces de preparar una evasión o, mejor aún, de la epopeya de una evasión o, con las palabras del ingeniero Emilio, el protagonista, del desenlace de una vida cuya meta fuera únicamente la evasión.

No una evasión imaginada a través del ensueño, de un deseo, o de su realización durante un estado onírico. Se tratará de una evasión real de alguien que se define como hipocondríaco de la libertad.

Berbeglia dedica alrededor de 5 o 6 impecables páginas para describir las condiciones miserables e indignas a las que debe someterse un detenido, los principios a los que se obliga a renunciar, de modo tal que, como lectores, puestos en la piel del personaje, compartimos su desesperación ya que, cito: “la historia humana es una historia de evasión o de liberación”.

Entre los presos, un hombre se destaca, Esteban y Esteban le habla de La Disposición Absoluta, disponerse absolutamente para el viaje hacia la libertad.

Dentro de la literatura de viajes, encontramos el camino del héroe, entendiendo por tal a la trayectoria de cualquier ser humano que se atreva a dejar la cárcel de la ignorancia hacia el autoconocimiento, trayectoria que Emilio emprenderá gracias a una pulsera que podemos interpretar como el agente sobrenatural que lo guiará en su viaje y en la llegada a un parque, que recuerda los bosques iniciáticos y los dragones custodios del oro de los dioses, aquí dragoncitos en una escultura.

Producida su primera ida de prisión, en la ciudad, recorre calles, llega a su casa, a su ámbito íntimo y de inmediato, al retorno a la poesía como intuición profética en lo que será el deseo de saber, de conocer la estructura íntima del Universo.

El pasaje prisión - libertad comparable a oscuridad - luz se produce con naturalidad y lleva a Emilio, dentro del mundo urbano, al del periodismo con sus intrigas. Entonces un hecho atípico, el inicio de unos sonidos semejantes a los chasquidos de un látigo que, in crescendo, durará cuatro días, conmocionará a la población produciendo cambios en los humanos a quienes se les revela su verdadero rostro hasta que súbitamente acontece la interrupción a la que alude el título de la novela.

Leo:

“Aunque luego de varios solsticios y equinoccios, otro manto más completo y poderoso que el del predecesor conocimiento, veló a los hombres paulatinamente. No el del olvido, sino todavía peor, el del recuerdo confuso que convirtiera el acontecer septembrino en mito que, por supuesto, no logró resistir el empuje envidioso de los mitos alternos con los cuales la humanidad supo convivir generalmente. Luego derivó en leyenda y, por último, en un lejano asunto literario inexplicable, como todo lo tramado por la fantasía”.

Este fragmento resulta relevante en cuanto tiene que ver con la formación de un mito, el sentido del arte, a cómo opera la fantasía en la mente humana, cómo se

fabrican las leyendas. Fragmentos como éste hacen de *La Interrupción aconteció en septiembre*, una metanovela, por su estructura en abismo.

A este viaje fracasado no en su realización sino en las expectativas puestas a su llegada, seguirán otros tres más osados en cuanto alcanzará otra dimensión de la realidad, viajes por los espacios siderales gracias a la Disposición Absoluta que lo llevarán a Emilio a Rímenstran, conjunto de cuerpos celestes, verdadero remolino de planetas, planetoides de formas caprichosas que conforman un Sistema con cuatro soles, articulado por una fuerza gravitacional que los mantiene unidos en múltiple giro.

Conocerá Rímenstran y escribirá acerca de sus habitantes dueños de una memoria tan absoluta que no necesitan de dioses que los rescaten del olvido como ocurre con los humanos, pero que carecen de imaginación y de creatividad, detallará sus formas de vida, la organización económica, la estructura socio – histórica - cultural, descripciones que recuerdan a Uqbar, el imaginario mundo que Borges plasmara en la enciclopedia de Tlón en el cuento “Tlón Uqbar Orbis Tertius”.

Cada viaje es un nuevo intento fallido en la búsqueda de su liberación, sea por los encuentros y desencuentros amorosos del protagonista o por la sospecha de una confabulación en la acogida y cuidados excesivos de los Rímenstrenses que cumplen todos sus deseos, lo que provocará que a su debido tiempo, Emilio se pregunte, “¿Qué secreta finalidad guiaron sus actos hasta ahora?” “Si me tomaron como arquetipo humano para invadir la tierra...se equivocaron de cabo a rabo porque soy bastante atípico”.

Y agrega para sí “Desde hace tiempo vengo creyendo que todo Rímenstran es una cárcel”, patética conclusión de quien no encuentra un lugar en el mundo.

Regresará a la tierra, entonces, para concretar “una nueva evasión/ y el desencuentro siempre”.

De este modo, la historia se aleja de los relatos de aventuras donde el héroe siempre triunfa y se impone como novela posmoderna en la que el antihéroe se deja abatir por las circunstancias y el fracaso.

La interrupción aconteció en septiembre es una novela posmoderna por su construcción como lo señala Bertha Bilbao Richter en el magnífico prólogo. Hay polifonía y dialogismo en la confrontación de voces, está presente el recurso de la ironía que minimiza las dudas, hay intertextualidad en el nivel de lenguaje erudito con referencias al lunfardo y al habla de los aventureros del siglo XVII como el “vos”, “diantre”, “un bledo” lo que universaliza y atemporaliza los sucesos ocurridos y constituye un homenaje a los libros de aventura que enriquecieron la infancia y la adolescencia del autor.

Hay, no podía ser menos, cavilaciones filosóficas sobre el bien y el mal, teorías sobre la libertad, sobre la naturaleza del tiempo y lo temporal. Emilio sufre el desmembramiento de su cuerpo dividido en tres partes, la cabeza, el tronco con los brazos y el vientre con las extremidades inferiores. Cada una coexiste en una dimensión temporal distinta, la cabeza existe en el presente ya que sería imposible pensar en el pasado o en el futuro, está sola porque la parte del cuerpo que habita el pasado ya no existe y la que habitará el futuro, está por nacer. Allí donde se halla su actitud pensante siempre será presente, concluye, idea borgeana del tiempo.

Un tema importante es el de los nombres propios de las mujeres, nombres que las identifican pero que, al mismo tiempo, son usados para desestabilizar el principio de identidad y, mediante cambios e intercambios de los nombres, revelar transformaciones en las personalidades.

Aparece la ambigüedad entre Emilio ingeniero que protagoniza la aventura de sus viajes y Emilio cuasi escritor, que se cuestiona la verdad de los mismos.

Quién soy, se pregunta. El estilo Berbeglia caracterizado por la profundidad y complejidad de sus temas, de ritmo ágil, está enriquecido por minuciosas descripciones de mundos fantásticos donde se pierden los límites realidad- ficción.

Finalmente, cada capítulo del libro, a la manera de las novelas realistas tradicionales que en la introducción anticipaban la temática, está encabezado por versos que conformarán un poema, porque siempre es posible poetizar las vicisitudes de la vida.

La interrupción aconteció en septiembre, es además, bello como objeto debido a Enigma Ediciones y tiene un muy hermoso dibujo de tapa de Facundo Demarchi. Una novela existencial y esencial en busca de respuestas al sinsentido de la vida.

Beatriz Isoldi

INFORMACION

Efemérides 2023 de literatura hispanoamericana

Centenarios de nacimiento

Álvaro Mutis poeta nacido en Bogotá, el 25 de agosto de 1923, quien murió en México, el 22 de septiembre de 2013. Mutis, quien recibió, entre otros, el Premio Cervantes de las Letras en 2001, cuenta con obras fundamentales como *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviro*, *Los elementos del desastre*, y *La mansión de Araucaíma*, obra que él llamó “relato gótico en tierra tropical”, y que fue esencial para la narrativa de las nuevas generaciones de escritores colombianos. También fue adaptada al cine por el director caleño Carlos Mayolo en 1986.

Pedro Gómez Valderrama nacido también en 1923 en Bucaramanga (Santander) entre sus obras se destacan: *La otra raya del tigre*, *Inventiones y artificios*, *Muestras del diablo*. Además se desempeñó en su momento como diplomático.

Manuel Mejía Vallejo nacido en 1923 en Jericó, Antioquia, Colombia, sus obras más reconocidas son ‘El día señalado’, ‘Aire de tango’, ‘La casa de las dos palmas’, ‘Cuentos de la zona tórrida’ y ‘El hombre que parecía un fantasma’

Ida Vitale, uruguaya Premio Cervantes y FIL de Lenguas Romances, cumplió 100 años en vida. Es poeta, traductora, ensayista, profesora y crítica literaria uruguaya; miembro del movimiento artístico denominado “Generación del 45”.